

hombre semimuerto, que era la mitad de un muerto. Pero volvieron a recordarlo cuando uno de los jugadores, al sentir algo pegajoso bajo sus pies, se asomó y vió un charco de sangre debajo de la mesa. Un hombre grueso sentado toda la noche en un sillón pesado, le había estado triturando un pie, sin que él lo sintiera.

No todos mueren, pero muchos lo habrían preferido. Y puesto que la medicina no acepta la eutanasia, no sería malo perfeccionar la aptitud asesina de los automóviles, para que realizaran mejor su terrible obra.

Aquella víctima sólo lleva cuatro años así, pero quizás apenas comienza. Hay casos en que gentes con la espina rota han permanecido inmóviles, rebeldeamente vivas, durante quince años. Todo lo que puede ocurrir es que vuelvan a llevárselos a la mesa de operaciones, para intentar, una y otra vez, una operación sin esperanzas. El choque producido por el accidente es una muralla entre ellos y la vida, que los aísla, que los encierra en una masa de carne fofa que insiste en vivir sin ellos.

A veces las víctimas pagan su propia apuesta. El invierno pasado se halló a una mujer de treinta años envenenada en su habitación. Todos los espejos estaban estrellados y el cesto de los papeles lleno de fotografías hechas trizas: de cuando era una linda niña, una hermosa muchacha, una bella mujer. Nadie se sorprendió, en su sepelio, de que no permitieran ver su rostro: todos sabían que no tenía cara.

Había ingerido veneno, porque un cirujano más le había dicho que nada podía hacer. Un año antes había tomado una curva a toda velocidad, había chocado contra un muro de piedra y había salido disparada, por el parabrisa. Los cristales habían desga-

rrado los músculos de frente, rebanando su cuerpo cuanto estuvo en su barón lo que comenzó darle un espejo cuando una vez se asomó a un espejo inexpresiva, rojiza, plañidera que vivir, amando tomar el camino más

Otros no se suicidan. Tres jóvenes, después de un accidente a «correr» y chocaron con un árbol, el primero se dislocó los brazos; la chica murió. Y su novio no ha recuperado la voz, nunca ha recuperado la llama ni si tenía novio

Lo cuidan lo mejor posible, los progresos logrados, que son interesantes cada semana, pero «sin razón», llegan hasta a ser «ininteligibles», o que «no tienen sentido», «frente insensibilidad». Llegan sus alimentos a la boca, para impedir que se caigan las manos al plato, pues

Estos casos pueden ser muy interesantes, una ganza que puede ejercer su profesión, o mismo destruido por una fractura de la base del cerebro y en la médula, el sistema nervioso y las facultades humanas, a

No se necesita que se ciegan, para cegar, bar-